

Plumas y fibras orgánicas totemizan los «cuatro cilindros» que dan título al grabado, vinculando las modernas empaquetaduras de motor con los antiguos Cuatro Suyos -las cuatro particiones-del-mundo en el Tawantinsuyo. Aquí son ciertamente estrellas acedadas las que ocupan el azul auroral de esas aberturas, pero la sugerencia calavérica de las perforaciones industriales que las acompañan cargan de un perturbador sentido ancestral al conjunto.

Una energía religiosa potenciada por las escalas numéricas de connotaciones arqueológicas que exactamente dividen la composición en un arriba y un abajo acaso el *hanan* y el *hurin* que organizan tanto el orden social andino como su cosmovisión poblada de reversibilidades cíclicas y esperanzas mesiánicas: el *pachakuti*, el «voltear-del-mundo», la inversión simétrica del orden dado. Y el retomo de Inkari quizá anunciado por los gestuales trazos que se reiteran en ambos lados de este grabado. O el semi-oculto código de barras que confunde su trama cibernética en una deshilachada textura entre textil y de esteras, sin duda alusiva a las permanencias andinas en la cultura de las barriadas. Lo por venir y lo arcaico.